

ULTIMA CENA Y GETSEMANÍ [200-204] [290]

Meditación – 2024

Estimados ejercitantes nos encontramos ahora en la tercera semana de los Ejercicios, la semana más hermosa porque es la semana en la cual contemplamos la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre.

En esta tercera semana nuestros propósitos se tienen que ir confirmando, es decir, tienen que tomar más fuerza a partir de los ejemplos de Nuestro Señor en su Pasión.

Algunas consideraciones generales:

- La Pasión de Cristo es inagotable, la podemos contemplar todos los días y siempre sacaremos nuevos frutos, nuevas enseñanzas, nuevas lecciones, en el lenguaje de San Ignacio, sacaremos fruto, sacaremos provecho.
- En la Pasión de Cristo hay miles de aspectos que se pueden considerar: personas, sus gestos, sus palabras, los personajes principales: Jesús, la Virgen María, considerar el Corazón de Jesús, su alma, o también sus silencios, sus dolores físicos, los personajes secundarios, los diversos tormentos, la crueldad de cada uno, su duración, el fin por el que padece nuestro Señor que es por nuestra salvación. Hay miles de aspectos que podemos considerar, porque la Pasión de Cristo es inagotable.

Es importante recordar que aquí se trata de **CONTEMPLAR**, es decir, como enseña San Ignacio: «**haciéndome un esclavito indigno, debo escuchar, ver, tocar, gustar, mirar el misterio que tengo delante de mí y sacar provecho**», no se trata solo de una película, sino que debo estar dentro de la escena que voy contemplando para sacar fruto, ¿en qué puedo yo aplicar en mi vida los ejemplos que me ofrece el Señor en su Pasión?. El padre Leonardo Castellani dice que si la contemplación está bien hecha, tiene que producir en mí: “frutos estupendos en palabras y obras”, la contemplación de los misterios de la Pasión del Señor tiene que ir transformando mi vida.

Nos toca ahora contemplar el misterio de Getsemaní. Tenemos que ponernos en la presencia de Dios y adorarlo.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia (Mt 4,1-11).

[201] 1º preámbulo. El primer preámbulo es la historia: y será aquí cómo Cristo nuestro Señor descendió con sus once discípulos desde el monte Sión, donde hizo la cena, para el valle de Iosaphar dexando los ocho en una parte del valle y los otros tres en una parte del huerto, y poniéndose en oración suda sudor como gotas de sangre; y después que tres veces hizo oración al Padre, y despertó a sus tres discípulos, y después que a su voz cayeron los enemigos, y Judas dándole la paz y San Pedro derrocando la oreja a Malco, y Cristo poniéndosela en su lugar, seyendo⁸¹ preso como malhechor, le llevan el valle abajo y después la cuesta arriba para la casa de Anás

2º preámbulo: Composición de lugar:

[202] 2º preámbulo. El segundo es ver el lugar: será aquí considerar el camino desde monte Sión al valle de Josaphar, y ansimismo el huerto, si ancho, si largo, si de una manera, si de otra.

3º preámbulo: Petición:

[203] 3º preámbulo. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

1. LA TRISTEZA DE JESÚS

Podemos considerar diversos puntos en este gran misterio de la agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos. Nosotros vamos a tratar de considerar cuales fueron las causas de la tristeza de Jesús. Tristeza que se manifestó especialmente en Getsemaní.

La Pasión de Cristo se abre y se cierra con dos frases de **dimensiones infinitas**, que nos indican los dolores del alma, del Corazón de Jesús, dolores que solo Él podía conocer.

- Al inicio de la Pasión Jesús dijo (**Mt 26, 38**): «*Mi alma está triste hasta la muerte*».
- Al final, en la cruz, cuando estaba colgado de tres clavos, ese grito desgarrador, (**Mt 27, 46**): «*Dios mío, Dios mío: ¿por qué me has abandonado?*».
- Estas frases de dimensión infinita responden al grito que ha puesto en boca de Cristo el profeta Jeremías (**Lam 1, 12**): «*Vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al dolor que me atormenta*».

Estas palabras de Jesús indican un dolor abismal, casi infinito en su alma y en su Corazón. Como dice, con toda razón el P. Leonardo Castellani: “*La primera sangre derramada por Cristo no se la arrancaron los flagelos, se la arrancó la tristeza*”.

Dice el Evangelio (**Mc 14, 24**): «*y comenzó a sentir pavor y angustia*».

Al entrar en Getsemaní, los apóstoles vieron en el rostro de Cristo tres monstruos: **tristeza, tedio y terror**, un estado de ánimo que el Señor manifestó con aquellas pocas e impresionantes palabras: «*Mi alma está triste hasta la muerte*».

Tenemos que **entrar en el Corazón de Cristo**, acompañarlo, buscando de conocerlo, amarlo, haciendo coloquios, es decir hablando con Cristo, que es la cosa más importante. Tenemos que lograr de hacer aquello que rezamos en el Anima Christi (oración tan querida por San Ignacio): «... **dentro de tus llagas escóndeme**...».

Los Santos fueron personas enamoradas de la Pasión de Cristo.

Decía San Agustín: «*nada aprovecha más a nuestras almas como el meditar todos los días la Pasión de Cristo*».

San Pablo (**I Cor 2, 2**): «*pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado*».

2. CAUSAS DE LA TRISTEZA DE JESÚS

Tratemos, entonces, de profundizar sobre este santo misterio de la tristeza de Jesús, tratemos de adentrarnos en este misterio considerando los **motivos**, las **causas** de la tristeza de Jesús, hasta donde podamos, porque realmente es un gran **misterio**, inagotable, porque es infinito el amor de Cristo, y como todos los misterios no los podemos agotar o comprender.

Ante todo, podemos decir, sentía el **cansancio y la fatiga corporal** de toda aquella jornada y la de los días previos, días cargados de emociones muy fuertes. Toda esa tensión con los fariseos.

No podemos dejar de recordar, **la despedida de Jesús a su Madre**. La Virgen conocía la finalidad de la Encarnación: redimir al género humano y redimirlo en medio de grandes tormentos. La redención se tenía que obrar por medio del derramamiento de Sangre y por la muerte en la Cruz. Jesús había anunciado muchas veces a los Apóstoles la Pasión, por lo menos aparece tres veces en los santos Evangelios y dicho con mucho detalle. Con mucha más razón, tenemos que suponer y el sentido común lo afirma que lo habló muchas veces también con su Madre, la Virgen. Sabemos, también, que la Virgen María conocía muy bien las Sagradas Escrituras y que sabía muy bien todo lo que estaba profetizado en el Antiguo Testamento, especialmente en el profeta Isaías, sobre lo que se anuncia del «*Siervo Sufriente de Yabvés*». Imaginemos, entonces, aquel último saludo. Jesús, muchas veces en su vida pública cuando lo habían tratado de apresar había dicho: «todavía no ha llegado la hora» (**Jn 7,6**), en cambio ahora va a decir, llegó la hora, llegó la hora de la Pasión, llegó la hora de la Cruz, y eso también se lo dijo a su Madre en la despedida: Madre, “llegó la hora”. El dolor de Jesús y el dolor de la Virgen. Debemos estimar con gran afecto y agradecer el amor con el cual la Virgen María nos da a su Hijo para sufrir y morir en la Cruz.

Había sufrido la presencia y la traición de **Judas**. El haber sido traicionado por un amigo es una cosa espantosa; que te haga daño un enemigo, es más entendible, pero que te haga daño un amigo, eso es un dolor atroz, se dice que el amigo es la mitad del alma. Jesús tuvo que sufrir la compañía, la presencia y la traición de Judas.

Ver el odio y la mala voluntad de sus **enemigos**. La mala voluntad que no solo hacía que le infligieran la muerte, sino ese modo tan doloroso de querer llevarlo a la cruz y a través de calumnias, intrigas e invenciones de injurias y tormentos, todo lleno de burlas y sarcasmo.

El Señor lo sabía muy bien, por eso Jesús dice: *«Mi alma está triste hasta la muerte»*.

Pero hay más motivos de la tristeza de Jesús.

3. OTROS MOTIVOS DE LA TRISTEZA DE JESÚS

Sobre todo, era causa de suma tristeza **la muerte** que tenía así tanto presente y tan cercana, tan dolorosa y tan humillante, tan vivamente conocida por Él, ya que Jesús captaba perfectamente, por medio de su nobilísima imaginación todos los sufrimientos que se preparaban para Él y para su cuerpo, cuerpo perfecto y de sensibilidad perfecta. La imaginación que muchas veces aflige y turba más que la misma muerte. Los dolores del ser humano son una función de su sensibilidad, **el proceso** es más o menos así: los dolores físicos terminan en la consciencia, la cual consciencia da a los dolores una tercera dimensión, por eso un dolor físico cualquiera es infinitamente mayor en un hombre que en un animal (si nosotros hacemos ver un cuchillo a una gallina, no le hace nada, en cambio a nosotros nos llena de miedo y de terror). Los seres humanos tenemos esa tercera dimensión, la consciencia, por eso a los condenados a muerte se le cubren los ojos para no hacerles ver el modo de la muerte. Y por eso en la Pasión física de Jesús, si bien, la suma de todas las torturas físicas no fueron infinitas, han sido casi infinitas debido a su exquisita sensibilidad. Además, Cristo tenía una cuarta dimensión, porque Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, hombre perfecto, con una consciencia y sensibilidad perfectas. Jesús sabía al mínimo detalle lo que tenía que sufrir y cómo eran esos sufrimientos.

Comenzaba a **reflexionar** sobre todo lo que tenía que ser el proceso de su Pasión y sobre todos los detalles y circunstancias de la Pasión. La previsión de todos los horrores de la Pasión ya inminente, muy cercana. Veía como un film (como en una película) toda su Pasión. Ver todo, esos dolores físicos que fueron extremos, una verdadera tempestad de horrores: delante del Sanedrín, el puñetazo dado por el siervo del sumo sacerdote, las otras bofetadas y las repugnantes vejaciones, ultrajes, escupidas y golpes. La mañana siguiente las idas y venidas por toda la ciudad, la flagelación a la columna – que por sí sola, en muchos casos producía la muerte – la coronación de espinas, el llevar-cargar con la cruz, la crucifixión con clavos y las tres horas de espantosa agonía colgado de la cruz... Todo despacio, diabólicamente calculado. Por eso las palabras del Señor cuando veía anticipadamente toda la Pasión: *«Mi alma está triste hasta la muerte»*; como si dijera a los Apóstoles: “Siento angustias que son suficientes para causarme la muerte. Hagan un poco de sacrificio aquí, yo les suplico, y perseveren conmigo, recen y hagan vigilia y ayúdenme y háganme compañía en este momento tan difícil”.

4. OTROS MOTIVOS MÁS SECRETOS DE LA TRISTEZA DE CRISTO

Otros motivos más secretos de la tristeza de Jesús, o mejor dicho, las **dos causas o motivos** más grandes del dolor y de la tristeza de Jesús.

El primer motivo, y primero en el orden teológico, por tanto, un motivo sustancial del dolor de Jesús, en Getsemaní y en toda la Pasión, es que en ese momento Jesús carga con los pecados de todos nosotros, como había profetizado Isaías: *«El Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos nosotros»*, por así decirlo, cargó sobre sí, con toda esa masa de pecados, desde el pecado de Adán y Eva hasta el último pecado del último de los hombres que habita en la tierra. Él, Jesús, que no había cometido pecado. Pagó, haciendo satisfacción vicaria, es decir, pagó por los pecados de todos los hombres, tomando nuestro lugar. Lo sufrió de tal manera que, San Pablo, dice: *«Se hizo pecado»*. Lo que el Concilio de Trento interpreta muy bien, diciendo: *«se hizo sacrificio por el pecado»*.

Ese hacerse pecado, ese hacerse sacrificio por el pecado, ese tomar sobre sí todos los pecados de nosotros, es pagar por esos pecados, y por eso sufre por esos pecados, y muere por esos pecados.

Y no solo murió por los pecados en masa, en bloque, por los pecados de todos, como estamos diciendo, sino que murió por cada uno de los pecados cometidos por cada uno de los seres humanos que vivimos en este planeta, conociendo cada pecado en número, especie y en circunstancia, con todo su horror, con toda su fealdad, con toda su malicia, con toda su deformación.

Al cargar sobre sí con los pecados de todos nosotros, al hacerse pecado, al asumir todos esos pecados **Él, el inocente**, el que nunca había pecado, es como si escuchara del Padre Eterno: *«apártate de mí maldito, al fuego eterno»*. Ese es el dolor sustancial de Jesús y, no recibió una sola gota de consuelo sensible.

Vio todos **los hombres** que tanto amó en pecado. No vio “en general”, nos vio a cada uno en pecado, de ahí que las primeras gotas de Sangre se la arrancaron **mis** pecados. Y vio a los hombres perdidos en los vicios y pecados. Vio a los hombres que apostataban de Él, hombres que aun conociendo lo que Cristo hizo por ellos, lo van a despreciar, rechazar y hasta perseguir.

También sufrió nuestra **ingratitude y nuestro mal contracambio**, la ingratitude es de las cosas que más hace sufrir a aquellos que hacen del bien y que tienen un gran amor. La visión clarísima de la ingratitude de la humanidad. Jesús ha visto también nuestra ingratitude, que se manifiesta con nuestros pecados, nuestra tibieza, nuestra mediocridad y muchas veces nuestra indiferencia. Un Dios que se hace hombre y muere en la Cruz para salvarnos y, los hombres que vivimos en la más grande indiferencia y olvido, como si nada hubiera pasado, toda esta ingratitude hace que Jesús se preguntara: *«¿Para qué ha servido mi Sangre?»*.

Otro motivo de tristeza fue ver los condenados, por los cuales Él también pagó. Porque como dice el profeta Isaías *«Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros»*, también los pecados de los condenados. Si no se puede contar el número de nuestros pecados, tampoco se puede contar la medida o la cantidad de dolor que sufrió el Señor en su Corazón.

Aquí sintió que la gente pisaba su Sangre y despreciaba su amor y no estimaba sus beneficios. Causa de grande dolor fue el ver, de modo particular, los **pecados** de los cristianos, en especial de los sacerdotes y religiosos, los cuales, por haber recibido más dones y gracias, sus pecados son más graves y por lo tanto más grande también su ingratitude.

El segundo gran dolor moral, el otro gran motivo o causa de la tristeza sin fondo de Cristo, fue **la grandeza de su amor**. Porque la medida de su dolor fue a la medida de su amor, y así como no se puede comprender del todo su amor, así no podemos comprender del todo su tristeza, sus dolores y sufrimientos. Amor infinito de Cristo, significa que pasó por un dolor infinito y, también, una tristeza infinita.

5. TODAVÍA HAY MÁS MOTIVOS, MOTIVOS MÁS SECRETOS DE LA TRISTEZA DE CRISTO.

Vio claramente los caminos que tenían que tomar sus elegidos en el Huerto de Getsemaní, el camino de los cristianos fieles para alcanzar el fruto de su Redención. Jesús en Getsemaní vio las tentaciones de los buenos cristianos, de los fieles cristianos, de los fieles discípulos, sus pruebas espirituales, luchas, ayunos, vigiliias, penitencias, oraciones, persecuciones, trabajos, cansancios, injurias, burlas, humillaciones, dolores y martirios. Todas estas cosas no las vio como cosas ajenas a Él, sino que las consideró como verdaderamente **propias**, porque les pertenecía de muchas maneras:

- Porque eran pasiones y sufrimientos de sus propios **miembros**, Cristo es la Cabeza y nosotros somos los miembros de su Cuerpo Místico. Cuando sufre un discípulo de Cristo, también sufre Cristo.
- Porque estos cristianos tenían que sufrir **por su amor**, todo por amor a Cristo, para no ofenderlo ni traicionarlo.
- Porque los mismos perseguidores y tiranos perseguirán y persiguen, atormentarán y atormentan a los cristianos por el hecho de que sirven y siguen a Cristo. Esto lo vemos cuando Jesús se dirige a Saulo (**Hech 9, 4-5**): «*Cayó en tierra y oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” El respondió: “¿Quién eres, Señor?” Y él: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”*. Jesús no le dice: “¿Por qué **los** persigues?” No, dice: “**ME** persigues”. Por esto mismo podemos, ciertamente afirmar, que las piedras que golpearán a San Esteban, han golpeado a Cristo, que el fuego que quemó a San Lorenzo, también quemó a Cristo, que las catorce puñaladas que atravesaron el cuerpo frágil y pequeño de Santa María Goretti, también atravesaron el cuerpo de Cristo y su Corazón. Todo lo sentía Cristo y todo lo ofrecía a Dios Padre en su oración, y atención a esto: **no sintiendo menos los sufrimientos de su Cuerpo Místico que aquellos sufrimientos de su Cuerpo Natural**.
- Entonces, ahora, una hermosa y verdadera consideración. Si el Señor sintió en su Cuerpo los sufrimientos de todos sus miembros, también tenemos la certeza, que sufrió por todos y cada uno de nosotros, **ha sufrido por mí**, sufrió también mis cruces, mis pruebas, porque Jesús derramó su Sangre por cada uno de nosotros, y así como ha rezado por todos los santos, también ha rezado por cada uno de nosotros que somos sus miembros. Jesús sufrió por mí, Jesús ha sentido, ha experimentado en su Cuerpo mis sufrimientos, mis dolores, mis desolaciones, mis cruces porque soy uno de sus miembros y porque todo eso lo sufrió por amor a mí,

y porque nosotros lo sufrimos por amor a Él. Entonces, sin dudar, sé que, en esas gotas de Sangre, porque el Señor llegó a sudar sangre por su angustia y sus dolores y su tristeza, **en esas gotas de Sangre están mis dolores y sufrimientos, todos.** Si sufrimos en gracia de Dios, esas gotas de Sangre de Cristo también son mías. Jamás me tengo que sentir solo, Jesús ha sufrido conmigo.

6. EL PUNTO MÁS ALTO DEL SUFRIMIENTO DE CRISTO.

El punto más alto de la tristeza de Jesús en Getsemaní fue **el sudor de Sangre (Lc 22, 44)**: «*Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra*». Sudó sangre, por lo tanto, sus vestidos se bañaron de Sangre, Púrpura Real. Sudó sangre, fenómeno extraordinario, pero ciertamente comprobado por la medicina, conocido como hematidrosis.

Y, si prestamos atención al texto, dice el Evangelio «entrando en agonía», comenzó a sentir tristeza, por lo tanto, esa tristeza fue en aumento durante toda la Pasión hasta el final, hasta que desde la Cruz el Señor hizo ese grito desgarrador, estremecedor: «*Dios mío, Dios mío: ¿Por qué me has abandonado?*».

7. DETALLE IMPORTANTE

Un detalle importante que nos relata el Evangelista San Lucas (22, 43), es que a Cristo en Getsemaní «*se le apareció un Ángel que lo confortaba*», esto nos enseña que **Dios siempre, siempre, nos da la gracia para llevar la Cruz.** Después de la desolación viene la consolación.

8. CONCLUSIÓN

Viendo, contemplando todo esto, -hay mucho más para considerar, porque se trata de un misterio inagotable- podemos concluir recordando una frase ingenua y simple de un campesino, que se dirigía a Jesús en estos términos: “*Si esto que dicen los curas es verdad, y todo aquello lo has hecho por mí, yo también tengo que hacer algo muy grande por Tí?*”.

De nosotros depende que su Sangre, la Sangre de Cristo sea útil o inútil. Podemos nosotros consolar el Corazón de Dios.

Aprovechemos este hermoso misterio de Getsemaní para contemplar como esclavo indigno, buscando siempre sacar fruto, provecho para nuestra vida espiritual.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Lo más importante en todas nuestras contemplaciones son los coloquios o el coloquio. Podemos hablar con la Virgen en sus dolores, en sus sufrimientos en la despedida de su Hijo. Podemos hablar con Jesús en el Huerto de Getsemaní, en medio de su desolación, acompañándolo en sus tristezas y aprendiendo de sus ejemplos para nuestra vida espiritual.

Después de los coloquios hacer el *Examen de la Contemplación.*